

CONTRA EL VOLUNTARIADO

Introducción

Uno de los rasgos que definen la postmodernidad es el abandono de las convicciones fuertes, los grandes ideales y los valores más sustantivos de las personas. Lipovetsky ha descrito muy bien nuestra época definiéndola como de pensamiento débil y relativismo moral y, efectivamente, no parece haber sitio ya en nuestro discurso para aquellas ideologías que tantas voluntades arrastraron con grandes dosis de esperanza, esfuerzo y compromiso.

Así las cosas, no era muy aventurado que los teóricos del sistema formularan el fin de las ideologías o que el asesor presidencial de los Estados Unidos, Francis Fukuyama, postulara años atrás el fin de la historia. Sin embargo, los problemas que antes movilizaban conciencias seguían estando ahí, ciertamente no en la misma forma, pero igualmente urgentes e importantes: la erradicación de la pobreza, la exclusión social, la dignidad laboral, los derechos humanos o los impactos ambientales, y algunos de tal calibre y envergadura –como el cambio climático, entre estos últimos o la injusta distribución de la riqueza en los primeros- que pueden comprometer seriamente el futuro de la humanidad y de nuestro planeta.

Algo, no obstante, ha cambiado: ahora somos más ricos y no existen necesidades evidentes, aunque muchos viejos militantes arriesgaron su vida por bastantes cosas más allá de sus necesidades inmediatas, entre ellas la apuesta por un futuro mejor para los que vinieran después. Uno de los ejemplos más hermosos del ser humano se produce cuando algunos toman sobre sí deberes para que los que vengan detrás disfruten de derechos. Pero aquéllos no tenían nada que perder (*excepto sus cadenas*), situación muy diferente a la de nuestras sociedades desarrolladas, ahogadas en el consumo, la imagen, el prestigio, la fama y tantos otros ídolos típicos de la opulencia.

Con todo, y en gran medida por disponer de una información abundante, somos conscientes de las heridas de nuestro tiempo, sean en forma de guerras, catástrofes, pobreza o degradación ambiental. Y muchos respondemos, cuando la situación lo requiere acudiendo a movilizaciones (recuérdense las realizadas contra la guerra de Irak), apoyando iniciativas (firma de cartas o envío de correos electrónicos), apuntándose a alguna ONG o participando en algún programa como *voluntarios*.

La sensibilidad, por tanto, continúa. Somos conscientes de lo que debe ser reparado y nos gustaría ayudar a conseguirlo. Las opciones menos comprometidas han visto aquí su auge, proponiendo la línea *light* de la caridad (donativos, apadrinamientos, envíos de ayuda), que no hacen, en muchos casos, sino retrasar la verdadera justicia. La pobreza y el medio ambiente no han sido ajenos a esta visión (así como algunas de sus grandes organizaciones), que han volcado su esfuerzo publicitario en la obtención de adherentes, socios, ingresos en definitiva, lo que sin duda es necesario aunque no suficiente. Igualmente, las administraciones vieron todo

un “campo de trabajo” en el voluntariado, lo que también fue compartido por organizaciones humanitarias y no gubernamentales, marcando el actual grado de compromiso para muchas personas solidarias y sensibles.

Digamos desde el principio que hay momentos en que el voluntariado es necesario. Ante un incendio forestal, por ejemplo, o una situación de catástrofe, no queda sino acudir y ponerse a las órdenes de quien más sabe y actuar según se indique. Pero fuera de estas situaciones extremas, el voluntariado, no es sino una opción incompleta, útil para los fines de las entidades convocantes y para tranquilizar la conciencia de los convocados, muy en línea con el pensamiento débil de la postmodernidad. Pero el estado de nuestro planeta exige hoy un mayor grado de compromiso. Veremos, a continuación, los fundamentos de la crítica a la figura del voluntario.

Pertenecer a una organización

Desde siempre, y especialmente en la historia de los movimientos sociales españoles, cuando alguien pasaba a integrarse en una organización, fuera política, sindical o social, lo hacía como miembro de pleno derecho. Una vez dentro, dependía de su grado de compromiso el que quisiera implicarse en mayor o menor medida o alcanzar algún puesto de responsabilidad. Se entiende que estamos con unas reglas de juego democráticas en donde cada persona, miembro de un colectivo, tiene el derecho y el deber de asistir a sus asambleas, participar en los proyectos y comisiones, elegir y ser elegido.

El voluntariado pervierte estas sencillas y democráticas normas. La causa se encuentra en que las organizaciones han variado su perfil y se han “profesionalizado”, esto es, su dirección y sus puestos de responsabilidad están recibiendo una remuneración económica de la cual viven, estimándose que las ONG de acción social están constituidas por un 20% de asalariados y un 80% de voluntarios. En gran medida, la financiación de los primeros procede del Estado, mediante ayudas o subvenciones, y no deja de resultar paradójico que sea el representante del modelo económico que se critica el que te financie. Y no sólo paradójico, sino sospechoso, pues el Estado sabe a quien debe financiar y a quién no, y, lógicamente, nunca lo haría con una organización que le supusiera un cuestionamiento serio. Al estar ocupados en dirigir no pueden (y quizás no quieren) actuar, para lo que han de recurrir a los *voluntarios*. Y será una gran parte de las cuotas de los socios de estas organizaciones las que financiarán sus gastos burocráticos.

Este modo de funcionar supone un duro golpe para la vida asociativa, por definición agrupación de iguales que deciden aunar sus esfuerzos para trabajar por unos objetivos. Y con ello, algo tan necesario para vertebrar la sociedad civil, trabajar por un mundo más justo y crecer como personas, queda mutilado a organismos profesionalizados (públicos o privados), parte ya del establishment, constituido por los que cobran y los que ofrecen una parte de su tiempo libre.

Por ello, la primera propuesta para toda aquella persona que sienta la necesidad de actuar, en nuestro caso, en el marco ambiental es que se organice y entre a formar parte de asociaciones y colectivos que trabajen en la línea más afín con sus intereses. Así se garantiza la continuidad y toma cuerpo el compromiso personal, pues la vida asociativa permite el crecimiento, desarrollo y conciencia de sus miembros en tanto que se propone, debate y resuelve, lo que supone un estímulo a la responsabilidad de sus miembros al tener en sus manos instrumentos tan preciosos.

El compromiso social

Podría pensarse que hubiera un cierto clima de malestar entre el voluntariado al sentirse mano de obra y comprobar cómo la organización en la que se han integrado les marca un techo. Pero, nada de esto, al contrario. Hoy las utopías, las grandes ideas y proyectos típicos de la Modernidad han pasado, porque sólo se cree en el momento, y compartir algo de tiempo o dinero parece ser la única opción posible a favor de alguna causa altruista.

Nadie quiere líos y puesto que lo más importante para nuestros jóvenes (y no tan jóvenes), según nos dicen los últimos informes sociológicos, son la familia y los amigos –es decir, el ámbito privado- ya es un gran mérito disponer de algún tiempo para ofrecerlo buenamente a una empresa humanitaria. Detrás de ellos no hay tampoco grandes compromisos o proyectos (y si los hay están en declaraciones iniciales, que ya nadie lee ni considera), por lo que el trabajo voluntario viene como anillo al dedo de estas modernas oficinas humanitarias.

Hoy es el momento en el que deben promoverse otras formas de actuación de más contenido político (en el noble sentido aristotélico de interés por la “cosa pública”), apoyadas por plataformas que nos permitan comprender mejor la realidad y la génesis de los problemas (porque las clases sociales continúan existiendo) en orden a intervenir en ellos “desde la cuna a la tumba”, como nos gusta también decir en ciertas áreas ambientales. Sólo desde esta perspectiva integral pueden llegar respuestas transformadoras, tanto para nosotros como para el medio, aunque, qué duda cabe, requieran mayor grado de madurez y compromiso, tarea ésta por la que quizás deberíamos comenzar.

La continuidad

La presencia masiva y admirable de voluntarios cuando aconteció el desastre del *Prestige* en las costas gallegas fue un gran ejemplo de solidaridad generosa; mas, ¿dónde están ahora esos miles de hombres y mujeres supuestamente sensibilizados por las causas ambientales? ¿Podemos imaginar lo que supondría para la transformación social disponer de esa cantidad permanente de personas comprometidas? Mas, lamentablemente, el voluntario, si no flor de un día sí lo es del tiempo parcial, y a nadie parece interesar el enorme potencial que se encierra en estas

personas si tuvieran formación adecuada, proyectos a medio y largo plazo y, por tanto, continuidad. Pero esta ambigüedad, como veremos a continuación, no es casual, ya que el sistema está muy interesado en fomentarla.

La formación política

Tras el análisis de los problemas actuales, desde la pobreza a la degradación ambiental, se encuentran causas económicas y políticas que reflejan injusticias estructurales. Nadie que de verdad anhele solucionar estos problemas puede ignorar esas causas finales y, en consecuencia, proponer soluciones que también las contemplen. El desarrollo sostenible no es un término vacío (aunque muchos lo pretendan), neutro o aséptico, sino una manera de entender el desarrollo bajo criterios económicos, sociales y ambientales, que excluyen otros criterios como los consumistas, explotadores o especulativos. Y todo ello bajo una óptica de conflicto en el que diferentes intereses van a confrontarse.

Esta visión radical –de raíz- suele estar ausente en los programas del voluntariado. Acorde con el posibilismo de la sociedad actual, el voluntario participa en acciones concretas, pero sin cuestionarse mayores interrogantes y sin que las organizaciones que requirieron sus servicios muestren mayor interés en formarle políticamente. El sistema, por su parte, se frota las manos ante tan singular panorama en el que las inquietudes se canalizan mansamente y todas las conciencias quedan tranquilizadas.

En las organizaciones que se iban fraguando en otros momentos históricos en los que también se perseguían objetivos sociales, una de las exigencias de los responsables, a la que también concurría la honestidad de los participantes, era la de proporcionar una formación política para que se tuviera una visión completa de la realidad y se supiera dónde dirigir el trabajo. Y no vale el objetar que eran aquéllas unas circunstancias especiales, porque la formación política ha venido siendo para muchos, y bajo distintas formas, una necesidad si no se pretendía dejar en el engaño a los miembros.

La formación política hace a los sujetos menos manipulables. Da fundamentos a su conciencia, amplía su percepción social y estimula su compromiso, dirigiéndolo hacia los objetivos correctos. Aunque hoy vivamos en sociedades tan acomodadas, sigue siendo necesario trabajar y luchar por un mundo más justo y esto es imposible sin una conciencia política. Mientras, el voluntariado esté simplemente entretenido en su actividad y no adquiera un compromiso permanente, no se estará respondiendo ni a sus exigencias ni a las que la sociedad reclama.

Es necesario realizar un análisis que vincule las causas con los efectos, esto es, que la situación de esas pobres gentes de aquí y de allá son el resultado de un modelo económico llamado capitalismo, en donde una clase social explota a las demás para acrecentar sus beneficios, y que la situación no terminará hasta que ese modelo económico que busca el privilegio de una minoría a costa de la mayoría y de la naturaleza, desaparezca.

Esta reflexión, que no es sino abrir los ojos a la realidad, debería llevar a un posicionamiento político anticapitalista (y revolucionario por ello) de cualquier voluntario honesto. Mas, habitualmente no ocurre así y en las instituciones que los promueven no aparece por ningún lugar una fuerte oposición frente al sistema. Y como, en palabras de Pablo Freire, no hay educación neutra, si de una actividad de corrección ambiental no se deriva un análisis y un posicionamiento crítico y comprometido, no se está sino poniendo parches y permitiendo que el sistema pueda continuar degradando sin mayores obstáculos.

Los que piensan y los que ejecutan

Es otra de las perversiones del voluntariado. En una organización “normal”, sus miembros participan en asambleas soberanas y en grupos de trabajo donde se decide qué líneas emprender. En ellas los asociados valoran su diseño, fijan los objetivos, discuten los contenidos, temporalizan las actividades, las ejecutan y, finalmente, las evalúan. De esta manera, los participantes han tomado más conciencia de los problemas a resolver, han ganado responsabilidad, han adquirido destrezas y han crecido como personas.

La empobrecedora visión del voluntariado lo sitúa sólo en la ejecución, privándoles de aspectos tan ricos y trascendentes como la toma inicial de decisiones o la evaluación. Su acción, posiblemente ha resultado útil para el organismo o empresa promotora, que ha dispuesto de mano de obra barata (y no nos estamos refiriendo sólo a cuestiones económicas) para alcanzar sus objetivos. Mas, poco bien se ha hecho a la persona concreta, cercenándola otros importantes aspectos del proceso.

Ciertamente es más fácil (y más cómodo) incorporarse a una iniciativa en marcha y dejar que otros decidan. Pero debemos aspirar a más, teniendo un comportamiento más democrático y participativo, y evitando que se pierdan personas que podrían dar más eficacia a sus inquietudes. Y todo ello sin olvidar que en educación ambiental el primer objetivo es la generación de conciencia, no la ingenua sino la crítica y comprometida.

El militante

Esta gloriosa figura de las “viejas” organizaciones está hoy claramente en desuso hasta el punto de que muchos voluntarios no saben a qué responde. Los militantes es lo mejor que las asociaciones poseen, pues, bien entendido que no todos los asociados ofrecen el mismo grado de compromiso, aquellos que verdaderamente creen en una causa, en una organización y la hacen suya, al tiempo que comparten una parte importante de su vida con la puesta en práctica de sus ideas, son un tesoro preciado que articulan y vertebran la vida orgánica, los programas y los proyectos de muchos organismos.

No parece interesar mucho al sistema la presencia de militantes, especialmente los que hacen de la justicia su causa, ni ahora, ni en ningún momento histórico. Lo que sorprende es que tampoco interese a empresas, administraciones y ONGs de voluntariado con fines, teóricamente, sociales. Las razones pueden encontrarse tanto en su propio funcionamiento burocrático (personas excesivamente inquietas o comprometidas que vengan a cuestionar modelos, no es el perfil que más interesa, se prefiere personal sumiso), como a que no hay tampoco objetivos verdaderamente *revolucionarios* para los que se precisen personas capaces de movilizar conciencias.

Sin embargo el mundo continúa necesitando hombres y mujeres que, en palabras de E. Mounier, tomen fidelidades que valgan más que sus vidas y a los que B. Brecht llamaba los imprescindibles, porque frente a los que sólo luchan un día, éstos lo hacen toda la vida.

El apoyo del Estado

En el mes de noviembre de 2005 se celebró en Granada el 8º Congreso Nacional de Voluntariado. En un ambiente entregado y sumiso se aplaudió a todos los que vinieron a estimularlo, entre ellos el Príncipe de España que, como en otras ocasiones, acudió a su inauguración. Es muy revelador que un alto representante de la Jefatura del Estado acuda a apoyar con su presencia la labor voluntaria, lo que resulta perfectamente lógico en función de todo lo que hemos venido comentando. El Estado apoya el voluntariado estratégica y económicamente, como lo demuestran los tres planes nacionales (1997 – 2000, 2001 – 2004 y 2005 – 2009) elaborados hasta el momento por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

En este último Plan, en la línea estratégica número 2, se pretende promover el voluntariado en todo el ámbito educativo, desde los Centros escolares a la Universidad. Pero también (línea estratégica número 3) en los colectivos sociales. Todo esto significa que hay una clara apuesta del Estado por consolidar el voluntariado como vía de intervención social. Y no olvidemos lo que el Estado representa: no se trata de una institución neutra sino de la forma política de la que cada modelo económico se dota. Sus intervenciones en la vida pública van orientadas a satisfacer los intereses del modelo que representa

Nada de esto debiera extrañarnos. Para el sistema capitalista el voluntariado ayuda a tapar grietas, poner parches, promover la caridad, en definitiva, y retrasar la justicia. Y, simultáneamente, canalizar las inquietudes de muchas personas que, convenientemente formadas y concienciadas, podrían resultar peligrosas. ¿Puede darse mejor ensamblaje?

Es labor, por tanto, de toda persona socialmente responsable desenmascarar esta forma *light* de compromiso y proponer el asociacionismo con su plenitud de derechos y deberes como alternativa. Un asociacionismo que ofrezca formación interna y promueva personas responsables y comprometidas cuyo sentido crítico alcance a la transformación de esta sociedad desigual y despilfarradora (para su minoría privilegiada) por otra equitativa y sostenible, punto de encuentro de las grandes ideas, proyectos y organizaciones de todos los tiempos.